

Discurso de la Sra. Juana Romero de Torres

Maestra de la Escuela Elmina Paz de Gallo, en el acto inaugural de la placa dedicada por el Personal Docente.

Traigo a este homenaje de corazones la ofrenda del personal docente y el alumnado de la Escuela Elmina Paz de Gallo, que con motivo del centenario de su natalicio hoy se le tributa.

Soy una humilde mensajera que transmite un mensaje de gratitud y amor. Pero es tan sagrada la memoria a quien debo dedicarlo y tan puros los sentimientos de quienes me envían, que mis ideas se empobrecen ante tanta grandeza y mi palabra es un murmullo insignificante, perdido entre las voces potentes y sonoras que aclaman el nombre de Sor María Dominga del Santísimo Sacramento.

Por eso yo no puedo historiar su vida, manantial inagotable de ejemplos que fortifican, porque de ella hablarán quienes están más autorizados para hacerlo; pero nosotras también conocemos pasajes impregnados de mucha santidad evangélica, que nos han servido para prender una antorcha ante los ojos absortos de nuestros niños en el rincón humilde de las aulas, y para iluminar nuestra propia ruta, en esas horas, en que se duda, se desalienta, y la cobardía humana nos rinde sin piedad.

Y al descubrirse este mármol con que anhelamos perpetuar materialmente vuestro nombre, madre cariñosa y santa, escuchad desde el reino de los justos donde gozaréis de Dios, porque el Todopoderoso os tendrá sin duda entre los elegidos, la oración de tus huérfanos y de tus pobres.

¡Madre! Que llegasteis al mundo halagada por los bienes del tiempo y los dejasteis por nosotros, ¡Bendita seáis!

¡Madre! Que en dos vidas distintas os disteis por entero a Dios y derramásteis a raudales vuestra misericordia, ¡Bendita seáis!

¡Madre! Que en la tragedia del cólera, como un ángel piadoso, recogisteis a los desamparados, ¡Bendita seáis!

¡Madre! Que santificásteis vuestra vida con el amor y la caridad, ¡Bendita seáis!

Por los huérfanos, por los pobres, por los enfermos, por los tristes, por las madres que al irse para siempre de este valle de lágrimas, dejaban a sus hijos con un quejido de dolor y de angustia y que los vieron luego bajo el amparo de una toca blanca como las alas de un ángel de la inmensa paz.

Por vuestros martirios, por vuestras privaciones por vuestros renunciamientos, por vuestra abnegación

Libro Centenario del Nacimiento de 1933

Páginas 66 – 67

